

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.

Tip. de Dublán.



CRISTO DE MIGUEL ANGEL.—ROMA.

DE "PLAIN TALES FROM THE HILES"

POR RUDYARD KIPLING,

TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA LA "REVISTA MODERNA."

EN LA CASA DE SUDDHOO.

A stone's-throw cut on either hand
 From that well-ordered road we tread,
 And all the world is wild and strange;
 «Churel» and ghoul and «Djinn» and sprite
 Shall bear us company to-night,
 For we have reached the Oldest Land
 Wherein the Powers of Darkness range.

(From the Dusk to the Dawn). (1)

La casa de Suddhoo, cerca de la Puerta de Tak-sali, es de dos pisos, con cuatro ventanas de madera tallada, oscura y antigua, y con techo plano. Puede reconocérsele por las cinco manos rojas estampadas sobre el jalbegue, entre las dos ventanas de arriba y dispuestas como las figuras del cinco de oros. Bhagwan Dass, el platero y un hombre, que según su propio dicho, se gana la vida recorriendo sellos, habitan el piso bajo con un regimiento de esposas, criados, amigos y dependientes. Los dos cuartos de arriba estaban ocupados por Janoo y Azizun con un pequeño «terrier» pinto de negro y café, que un soldado se robó de casa de un Inglés, y lo regaló luego á Janoo. Al presente, sólo Janoo vive en los cuartos de arriba. Suddhoo duerme generalmente en la azotea, salvo aquellas noches en que duerme en la calle. Acostumbraba ir á Peshawar en invierno, á visitar á su hijo, que vende curiosidades cerca de la Puerta de Edwar-des, y durante ese tiempo dormía bajo verdadero techo de lodo. Suddhoo es gran amigo mío, porque su primo tenía un hijo que consiguió, gracias á mi recomendación, el puesto de primer mensajero de una gran casa de la estación. Suddhoo dice que Dios me ha de hacer teniente-gobernador uno de estos días. Me atrevo á decir que su profecía se cumplirá. Es mucho muy viejo, con el cabello blanco y sin dientes que merezcan tal nombre; ha perdido sus facultades mentales, y ha perdido casi todo, excepto el cariño por su hijo de Peshawar. Janoo y Azizun son «Kashmiris», Señoras de la Ciudad, y ejercían una antigua y más ó menos honrosa profesión; pero Azizun se casó después con un estudiante de medicina, del Noroeste, y se ha entregado á una vida de lo más respetable cerca de Ba-

(1) Un tiro de piedra á ambos lados
 Del bien arreglado camino que pisamos,
 Y ya todo el mundo se vuelve salvaje y extraño;
 "Churel, Gula," "Djinn" y espíritus
 Nos harán compañía esta noche,
 Porque hemos llegado á la más antigua Tierra
 En donde habitan las Potencias de las Tinieblas.

(Del anochecer al alba).

reilly. Bhagwan Dass es un matatías y un adúltero. Es muy rico. El individuo que según se cree, gana la vida haciendo sellos, se hace pasar por muy pobre. Con esto sabéis ya cuanto es necesario acerca de los cuatro principales inquilinos de la casa de Suddhoo. Después sigo yo, por supuesto; pero yo no soy sino el coro que entra al final á explicar todo, y en consecuencia, no me cuento.

Suddhoo no era vivo. El hombre que pretendía cortar sellos era el más vivo de todos, si se exceptúa á Janoo. Bhagwan Dass, tan sólo sabía mentir. Janoo era también hermosa, pero ese era asunto de su privada incumbencia.

El hijo de Suddhoo se enfermó de pleuresía en Peshawar, y el viejo Suddhoo estaba inquieto. El hombre de los sellos vió la ansiedad de Suddhoo, y con ella hizo su agosto. Era hombre que iba con la época. Hizo que un amigo de Peshawar le diese por telégrafo diaria cuenta de la salud del muchacho.

Y aquí comienza la historia.

El hijo del primo de Suddhoo me dijo, una noche, que Suddhoo deseaba verme; que estaba demasiado viejo y débil para venir en persona, y que dispensaría yo un perdurable honor á la Casa de Suddhoo, si me dignaba ir á verlo. Fui; pero creo que, dado el desahogo de que entonces disfrutaba Suddhoo, bien pudo haber mandado algo mejor que un «ekka», que daba terribles botes, para transportar á la ciudad á un futuro teniente-gobernador en una húmeda noche de Abril. El «ekka» no corría ligero. Era ya noche cerrada cuando hicimos alto frente á la Puerta de «Ranjit Singh's Tomb», cerca de la Puerta principal del fuerte. Allí se hallaba Suddhoo, quien me dijo que, en virtud de mi condescendencia, era absolutamente seguro que llegaría yo á teniente-gobernador con el cabello aún negro. Hablamos luego en el «Huzuri Bagh», bajo las estrellas, y por espacio de quince minutos, acerca del tiempo, del estado de mi salud y de las cosechas de trigo.

Suddhoo llegó, por fin, al grano. Manifestó que Janoo le había dicho que existía una orden del «Sirkar» contra la magia, porque se temía que la magia matase algún día á la Emperatriz de la India. Yo nada sabía acerca del texto de la ley; pero presentí que algo interesante iba á ocurrir. Contesté que, lejos de que la magia fuese perseguida por el gobierno, era recomendada con encomio. Los más altos funcionarios del estado la practicaban. (Si el informe del departamento de hacienda no es

magia, no sé lo que será). Después, para animarlo más, añadí que si tenían preparado algún «*jadoo*,» no tenía yo el menor inconveniente en darle mi sanción y aprobación, y en procurar que fuese «*jadoo limpio*,» magia blanca, y no «*jadoo sucio*» que mata á la gente. Pasó largo rato para que Suddhoo confesara que eso era justamente para lo que me había suplicado que viniese. Dijome luego, con frase temblona y entrecortada, que el hombre de los sellos era un hechicero de la clase más limpia; que diariamente daba á Suddhoo noticias del hijo enfermo de Peshawar con rapidez mayor que el vuelo del relámpago, y que tales noticias resultaban siempre corroboradas por las cartas. Además, habíale hecho presente á Suddhoo el peligro que estaba amenazando á su hijo, peligro que sólo podía conjurarse por medio del «*jadoo limpio*;» y, por supuesto, mediante crecidos honorarios. Comencé á darme cuenta exacta de cómo estaba el terreno, y manifesté á Suddhoo que yo entendía también algo de «*jadoo*» al estilo del Oeste, y que deseaba ir á su casa para que todo se hiciese en orden y decentemente. Nos fuimos juntos; y en el camino me dijo Suddhoo que ya le llevaba pagada al cortador de sellos de cien á doscientas rupias; y que el «*jadoo*» de esa noche le costaría doscientas más. Lo cual era barato, añadió, si se atendía al enorme peligro de su hijo; pero yo no creo que estuviese hablando de buena fe.

Cuando llegamos, todas las luces del frente de la casa estaban tapadas. Pude percibir pavorosos ruidos que salían de detrás de la tienda del cortador de sellos, como si á alguno se le escapase el alma en medio de lamentos. Suddhoo se estremeció de pies á cabeza, y cuando subíamos á tuestas la escalera, me dijo que ya había empezado el «*jadoo*» Janoo y Azizun salieron á nuestro encuentro al término de la escalera, y nos dijeron que las operaciones del «*jadoo*» se efectuarían en sus cuartos, por haber allí mayor espacio. Janoo es señora de ideas muy libres. Me dijo al oído que el «*jadoo*» era una invención para sacarle dinero á Suddhoo, y que el cortador de sellos se iría, al morir, á un lugar bastante caliente. Suddhoo casi lloraba de temor y de vejez. Recorría el cuarto de un lado á otro, á media luz, murmurando sin cesar el nombre de su hijo, y preguntando á Azizun si no debería el cortador de sellos hacer algún descuento por tratarse del dueño de la casa. Janoo me llevó hacia el obscuro hueco de una de las ventanas voladizas. Los postigos estaban cerrados, y los cuartos no quedaban alumbrados sino por una minúscula lamparilla de aceite. No había manera de que me viesen, si permanecía quieto.

De pronto, cesaron abajo las quejas, y oímos pasos en la escalera. Era el cortador de sellos. Se detuvo fuera de la puerta cuando ladró el «*terrier*» y Azizun buscó á tuestas la cadena del perro. Le ordenó luego á Suddhoo que apagara la lamparilla. Con esto, quedó el cuarto en profundas tinieblas, sin más que los puntos rojos de las dos «*hugas*» de Janoo y Azizun. Entró el de los sellos, y oí que Suddhoo se arrojó al suelo y prorrumpió en quejidos. A Azizun se le contuvo la respiración, y Janoo se retiró temblando á una de las camas. Se produ-

jo un sonido de algo metálico, y surgió luego una lucecilla azul verdosa cerca del piso. La luz bastaba apenas para ver á Azizun, arrinconada en una esquina del cuarto con el «*terrier*» entre las rodillillas; á Janoo con la mano apretada, sentada en la cama é inclinada hacia adelante; á Suddhoo, boca abajo, tembloroso, y al cortador de sellos.

Espero no volver á ver otro hombre como aquel cortador de sellos. Estaba desnudo hasta la cintura, una guirnalda de jazmines del grueso de mi muñeca le ceñía la frente, llevaba un taparrabo color de salmón, y una ajorca de acero en cada tobillo. Todo eso no inspiraba pavor. Lo que me heló la sangre fué la cara del hombre. En primer lugar, era azul plomiza. En segundo lugar, tenía los ojos vueltos hacia arriba, y no se veía de ellos sino la esclerótica; y, en tercero, la cara era la de un demonio, una Gula, lo que gustéis, menos la del grisiento y viejo rufián de brüñida piel que se pasaba el día sentado frente á su torno, en el piso bajo. Estaba tirado de barriga, con los brazos cruzados por detrás, como si lo hubiesen arrojado al suelo maniatado. Su cabeza y cuello eran las únicas partes que mantenía levantadas del piso. Casi formaban ángulo recto con el cuerpo, como la cabeza de un cobracapelo en primavera. Estaba espeluznante. En el centro de la pieza, y sobre el desnudo piso de tierra, descansaba una jofaina de bronce honda y grande, en cuyo medio flotaba una pálida luz azul verdosa, semejante á una mariposa. Tres veces serpenteó alrededor de esa jofaina, el hombre que estaba en el suelo. ¿Cómo pudo hacerlo? Es cosa que ignoro. Pude ver que sus músculos ondulaban á lo largo de la columna vertebral y entraban de nuevo en reposo; pero no pude advertir ningún otro movimiento. Aparte de ese trabajo de arrollar y distender los músculos de la espalda, parecía que lo único que en él vivía era la cabeza. Janoo desde la cama, respiraba setenta veces por minuto, Azizun se tapaba los ojos con las manos, y el viejo Suddhoo se escarbaba con los dedos el polvo de que se había impregnado su blanca barba, y lloraba. Lo más horroroso era que aquella cosa rastrera y reptante no producía ningún sonido, tan sólo reptaba! Y téngase presente que esto duró diez minutos, y en ese intervalo el «*terrier*» estuvo aullando, Azizun temblando, Janoo sofocada y Suddhoo llorando.

Yo sentí que por detrás se me ponía el pelo de punta, y que mi corazón golpeaba como el aspa de un termantídoto. Felizmente, el cortador de sellos se delató al practicar la más sensacional de sus supercherías, con lo que me tranquilicé de nuevo. Una vez que hubo terminado su inexplicable triple reptación, levantó la cabeza del suelo, tan alto como pudo, y arrojó chisguetes de fuego por las fosas nasales. Como yo sabía lo que se hace para soplar fuego, y aún puedo yo mismo hacer esa suerte, me sentí ya tranquilo. El asunto era, pues, un fraude. Si el hombre se hubiera contentado con su culebreo sin tratar de realzar el efecto, quién sabe lo que me habría yo pensado. Ambas muchachas gritaron al ver el chorro de fuego, y la cabeza se dejó caer al suelo, produciendo un golpe seco con la barba. Todo el cuerpo quedó entonces como

muerto, con los brazos liados. Vino después una pausa de cinco largos minutos, y la flama azul verdosa se apagó. Agachóse Janoo á arreglarse una de sus ajorcas, en tanto que Azizun volvióse de cara á la pared y tomó al «*terrier*» en sus brazos. Suddhoo extendió mecánicamente un brazo hacia la «*huga*» de Janoo, y ella la hizo á un lado con el pie. En la pared, y precisamente arriba del cuerpo, había dos flamantes retratos, con marcos de papel pintado, de reina, uno, y el otro del Príncipe de Gales. Contemplaban la representación, y me parecía como que aumentaban lo grotesco de toda ella.

Al punto en que ya el silencio se estaba volviendo intolerable, el cuerpo se voltió, se alejó de la jofaina, y se fué rodando á un lado del cuarto, en donde permaneció de espaldas. Se oyó un ligero chapoteo en la jofaina, exactamente como el ruido que hace un pescado al atrapar una mosca, y revivió la luz verde en el centro.

Dirigí la vista á la jofaina, y vi que salía del agua la cabeza negra, reseca y arrugada de un chiquillo del país, con la boca y los ojos abiertos, y afeitado el cuero cabelludo. Era peor, por lo inesperado, que el acto de la reptación. Empezó á hablar la cabeza antes que hubiésemos tenido tiempo de pronunciar una palabra.

Leed la descripción que hace Poe de la voz que salía del moribundo hipnotizado, y comprenderéis menos de la mitad del horror que provocaba la voz de aquella cabeza.

Había un intervalo de uno ó dos segundos entre una palabra y la siguiente, y una especie de «retintín» en el timbre de la voz que se parecía al de una campana. Varios minutos de lento tintineo, como si la cabeza hablase consigo misma, tuvieron que transcurrir para que yo dejase de sudar frío. Después, me llegó la bendita solución. Miré al cuerpo que yacía cerca de la puerta, y noté que, precisamente en el lugar en que el hueco de la garganta se une con los hombros, brincaba incesantemente un músculo que nada tenía que ver con las funciones respiratorias de un hombre. No era, pues, sino una concienzuda reproducción del terafim Egipcio de que nos hablan los libros; y la voz era manifestación de la ventriloquía más perfecta y aterradora que se haya oído. Durante todo el tiempo, estuvo la cabeza dando lengüetadas contra la pared de la jofaina, y hablando. Le manifesté á Suddhoo, quien se hallaba otra vez boca abajo y sollozando, cuál era el estado de la enfermedad de su hijo hasta el anochecer de ese día. Siempre veré con respeto al cortador de sellos, por ajustarse tan fielmente á la hora de los telegramas de Peshawar. Siguió diciendo que hábiles doctores, día y noche velaban por la vida del paciente, y que se aliviaría al fin, si se duplicaban los honorarios al poderoso hechicero, de quien era sierva la cabeza que se hallaba en la jofaina.

Esto último era un desatino desde el punto de vista artístico. ¡Pedir el doble de vuestros honorarios estipulados, con una voz que se hallaría bien en boca de Lázaro al levantarse de la tumba! Janoo, que es realmente una mujer de inteligencia masculina, percibió el contraste con la misma prontitud que yo. La oí exclamar despectivamente, en

voz baja, «*Asli nahin! Fareib!*» y no acababa de pronunciar esas palabras, cuando se extinguió la luz de la jofaina, cesó de hablar la cabeza, y oímos crujir las bisagras de la puerta del cuarto. Janoo encendió, en seguida, una cerilla, dió luz á la lámpara, y pudimos ver que cabeza, jofaina y cortador de sellos habían desaparecido. Suddhoo se retorció las manos y explicaba á los que querían oírle, que, aun cuando de ello dependiera su salvación eterna, no podría conseguir otras doscientas rupias. Azizun estaba en el rincón con convulsiones histéricas; al paso que Janoo se había sentado tranquilamente en una de las camas á discutir las probabilidades de que todo aquello no fuese sino un «*bunao*,» una farsa.

Yo le expliqué cuanto sabía acerca de la clase de «*jadoo*» del cortador de sellos; pero el argumento de ella era mucho más sencillo: «La magia que está siempre pidiendo regalos no es verdadera magia,» me dijo ella. «Mi madre me decía que los únicos sortilegios poderosos son los dichos por amor. Este individuo de los sellos es un demonio embustero. No me atrevo á decir, ni á hacer, ni á procurar que se haga nada, porque debo á Bhagwan Dass, el platero, dos anillos de oro y una pesada ajorca, y me veo, además, reducida á tomar mis alimentos en su tienda. Ahora bien, el cortador de sellos es amigo de Bhagwan Dass, y me envenenaría los alimentos. Ya llevamos diez días de estúpido «*jadoo*,» y muchas rupias ha soltado Suddhoo noche á noche. El de los sellos sólo había usado antes de esto, gallinas prietas, limones y mantras. Nunca nos había hecho una representación así, sino hasta esta noche. Azizun es una pazguata, y será pronto una «*pur dahnashin*.» Suddhoo tiene ya perdidas las fuerzas y el juicio. Figúrese Ud.! Yo tenía esperanzas de sacarle, en vida, á Suddhoo, muchas rupias, y muchas más después de su muerte; y mire Ud., se está gastando todo en ese ingerito de diablo y burra, el cortador de sellos!»

Aquí intercalé yo: «¿Pero qué indujo á Suddhoo á meterme en este negocio? Claro está que yo puedo hablar al cortador de sellos y obligarlo á resarcir. Todo este negocio es un juego de niños, una sandez que causa vergüenza.»

«Suddhoo es un niño viejo,» agregó Janoo. «Ha vivido en los techos durante setenta años y está tan asimulado como una cabra lechera. Lo trajo á Ud. aquí para cerciorarse de que no estaba infringiendo ninguna ley del «*sirkar*,» cuya sal comió hace muchos años. Reverencia hasta el polvo de los pies del cortador de sellos, y ese vampiro le ha prohibido que vaya á ver á su hijo. Suddhoo sabe tanto de leyes como de pararrayos. Y yo sufro con ver que su dinero está pasando día á día al bolsillo de la mendaz fiera de aquí abajo.»

Janoo dió una patada en el suelo y casi lloraba de ira; en tanto que Suddhoo girimiqueaba, en el rincón, envuelto en un cobertor, y Azizun procuraba guiar el cañón de su pipa hacia su torpe y arrugada boca.

*
* *

En resumen, las cosas se presentan como sigue: Yo, sin pensarlo, me he puesto bajo la amenaza de

una acusación por haber ayudado y encubierto al cortador de sellos, en la obtención de dinero con dolo, que está penada por el artículo 420 del Código Penal de la India. Yo no puedo poner el asunto en conocimiento de la autoridad por estas razones: ¿Qué testigos apoyarían mi declaración? Janoo rehusa de plano, y Azizun es una mujer velada que vive por el rumbo de Bareilly, perdida en la inmensa extensión de la India. Ya no me atrevo á hacer justicia con mis propias manos, y hablar al cortador de sellos, porque me cabe la certeza de que además de que Suddhoo no me daría crédito, este paso acarrearía el envenenamiento de Janoo, quien está atada de pies y manos por su deuda á Bhagwan Dass. Suddhoo es un viejo chocho; y siempre

que me encuentra tartamudea mi estúpido chiste de que el «sirkar» antes que prohibir, fomenta la nigromancia. Su hijo está ya sano; pero Suddhoo está bajo la absoluta influencia del cortador de sellos, á cuyos consejos ajusta todos los asuntos de su vida. Janoo ve el dinero que esperaba arrancarle á Suddhoo pasar diariamente al de los sellos, y cada día se pone más furiosa y mohina.

Ella no chistará palabra, porque no se atreve; pero, á menos que algo se lo impida, mucho me temo que el cortador de sellos fallezca de cólera (de la variedad arsénico blanco) por mediados de Mayo. Y de ese modo, cargaré con el secreto de un homicidio en la casa de Suddhoo.

RAMÓN GUERRERO.

NOX.....

La Noche es una reina viuda del Día,
Majestad pesarosa que arrastra el duelo
De su fúnebre manto de terciopelo
Donde prenden los astros su pedrería;

*
*
*

Pero aquí es una laca de oro y umbria
Cuando raúdos cohetes cruzan el cielo
Y aclaran de las selvas el denso velo
Los chinescos faroles en teoría....

*
*
*

Cuando en la misteriosa floresta bruna
La brillante pagoda vuelca un tesoro
En las ondas de ónix de la laguna;

*
*
*

Cuando inflama sus alas el piroforo,
Cuando atrás de los montes surge la luna
La noche es una laca de negro y oro!
Shiba.—Tokio, 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

BOSQUEJO DE IDEALISMO INTEGRAL

PRIMEROS ENSAYOS SOBRE LA FILOSOFIA DE
NOVALIS.

(FEDERICO DE HARDEMBERG.)

1772-1801.

I

El siglo XVIII literario y filosófico, en cualquiera país de Europa que se le considere, nos aparece siempre bajo dos aspectos distintos y con dos tendencias opuestas. Por una parte se persigue una obra de destrucción, el mundo antiguo con sus ideas

y sus prejuicios propios, se desmembra poco á poco; el ingenio, ese signo de decadencia, va demoliendo una á una y debidamente las creencias y las opiniones recibidas. En Francia reina Voltaire y en Alemania Wieland. Pero el viento de disolución

y de escepticismo sopla más allá de las concepciones políticas y sociales; en literatura, el barniz clásico que había cubierto por mucho tiempo el pensamiento, se hendía por todas partes y comenzaban á entreverse, ya en Lessing, ya en Diderot, los indicios precusores de la revolución que debía producirse desde muy temprano allende el Rhin y más tarde entre nosotros. En fin, espíritus más profundos, despreciando la vieja metafísica heredada de Leibnitz, regularizada por Wolf y amalgamada por algunos ecléticos con el sensualismo de Locke, la sentían plegarse y comenzaban á poner en el tapete la cuestión de las bases de todos los conocimientos y el valor de la humana razón. Berkeley pone en duda la existencia del mundo exterior, Hume profesa el más absoluto nihilismo y ataca hasta la autoridad de las matemáticas, ese trampolín de los cartesianos y se acerca la hora en que Kant va á despertarse del sueño dogmático y en que la *Crítica de la razón pura* va á renovar por completo los principios de la ciencia y de la especulación.

Por otra parte, de las ruinas amontonadas por esos obreros de destrucción, se levanta un monumento contrario, que opone al ingenio y al escepticismo, la espontaneidad del sentimiento y la ingenuidad de la fe. Su representante principal en Francia es Rousseau; pero la Inglaterra lo había visto manifestarse en la misma época con sus moralistas de la simpatía, Adam Smith y Hutchenson; en Alemania esa tendencia dominaba mucho á la otra; pero basta citar el nombre de Jacobi; Jacobi y Kant, ambos adversarios, el uno apóstol del sentimiento y el otro de la crítica, resumen bastante bien en su país y en su época, esa perpetua antítesis que parece la ley misma de la historia como la de toda existencia. Antes de Kant, los metafísicos veían el universo, la materia de sus especulaciones, como un objeto muy á su disposición y cuya existencia les estaba asegurada por la idea más ó menos clara y precisa que de ello tenían por la evidencia.

Con Kant el problema cambió; antes de afirmar nada del objeto del conocimiento, es preciso primero examinar si el sujeto lo tiene verdaderamente en su posesión. Bien sabido es el resultado de esa crítica del sujeto; las leyes que habíamos atribuido sin titubear á la naturaleza sólo son para el filósofo alemán formas subjetivas y *a priori* de nuestro entendimiento; éste las aplica á los fenómenos; pero la cosa en sí, que se encuentra tras de los fenómenos, está por completo fuera de nuestro alcance. La razón humana no puede alcanzarla, ni podrá sernos dada y conocida si no es por los postulados de la moral, cuyo dominio es absolutamente distinto y que tiene su principio propio é inquebrantable: el deber.

La originalidad y la grandeza del sistema consisten precisamente en una admirable síntesis que no sacrifica nada al deseo de una síntesis subsecuente. Kant al encontrar en el alma elementos irreductibles unos á otros, no los violentará para concebirlos. No titubeará en hacer constar las antinomias entre el pensamiento y el sér, entre la libertad del hombre y el determinismo de la naturaleza, entre la ciencia y la moral. Pero al mismo

tiempo, con este análisis, protege al alma contra una descomposición más completa, la descomposición en sus fenómenos, á la que Hume la había conducido á su vez, después de haber reducido á ella el mundo exterior.

Al separar el destino del alma del de la naturaleza, Kant da á esa alma existencia propia, limitada sin duda en los alcances de su conocimiento y de su acción; pero irreductible. Contra la ley moral que constituye su esencia, no puede valer la crítica que ha podido disolver las leyes de la naturaleza. Kant vuelve así á la religión cristiana y puede ser considerado como el restaurador del alma humana contra las filosofías que se siguieron al Renacimiento y que desde Descartes y Spinoza, habíanse inclinado por una evolución fácil de seguir del intelectualismo al naturalismo, hasta el momento en que fueron llevadas por Hume al atomismo de los fenómenos.

Con razón los sucesores de Kant, consideraron su doctrina crítica, como una admirable disciplina análoga á la que se imponían los primeros cristianos y por la que es preciso pasar para purificarse y encontrarse á sí mismo. Pero no pensaron que esa alma distinguida así de las cosas y puesta al abrigo de sus vicisitudes, debiese permanecer siempre así á la defensiva y conservar la actitud crítica que tenía para con el maestro. Se hizo sentir de nuevo la necesidad de esa naturaleza de la que, por tal esfuerzo, se había libertado. Pero cuando se volvió á ella, no fué para preguntarle su sentido, sino para darle el que el alma había encontrado en sí misma. Fué el esfuerzo de los idealistas alemanes desde Fichte hasta Hegel. Después de la poderosa mirada que el espíritu humano acababa de lanzar sobre sí mismo para reconocerse y posesionarse de su importancia, levantó los ojos hacia su eterno ensueño. Los sucesores de Kant, partidarios del criticismo edificaron sobre él, el más absoluto dogmatismo. Kant es visto por ellos como un precursor de limitada visión, según dice Novalis, y que sólo vino á preparar las vías de la verdadera filosofía.

La obra del maestro les apareció como inacabada, esas antinomias, esas verdades separadas, cuyo lazo se ha relegado á lo incognoscible, les parecen elementos de un sistema, más bien que un sistema completo.

Las antinomias encuentran su solución en un principio nuevo y más profundo del espíritu, en el que descansarán muy pronto todas las nuevas doctrinas: el principio de la identidad de las contradicciones. Se ha restablecido la armonía entre los poderes del alma, entre la ciencia y la moral, la libertad y el determinismo, la filosofía y la religión, y por ese medio se ha intentado buscar un nuevo acuerdo entre el alma y el mundo. Después de la separación operada por Kant, sus sucesores que varían su sistema cada año, vagan del pensamiento al sér, deseando encontrar el lazo de unión. Unos, como Ficht, dan la primacía al pensamiento y de ahí deducen el sér, que sólo es entonces una modificación del *yo*. Otros lo restablecen en su realidad, queriendo concordarlo con el pensamiento, por medio de una nueva teoría de la armonía pre-establecida. Más tarde, *se transpusieron al ob-*

jetivo hasta el punto que se intentó hacer salir de la naturaleza al espíritu. La evolución salida de Kant, podrá llegar por una parte al misticismo de ciertos discípulos de Schelling y por la otra al materialismo de la izquierda hegeliana.

En el momento en que se abre ese período de la filosofía alemana que queremos estudiar especialmente con Novalis, era el pensamiento de Fichte el que reinaba en los espíritus. Para ser más lógico y más radical que Kant, su predecesor inmediato, Fichte, suprimía la *cosa en sí*, que éste colocaba sin determinarla frente al espíritu y detrás de los fenómenos. No quedaba pues ya, más que el sujeto, el *yo*, abasteciéndose á las cosas y á la ciencia no solamente con su forma, sino también con su materia. Pero lo que Fichte destruía ante todo con la realidad de la naturaleza, lo restablecía después en el espíritu.

En efecto, de ese *yo*, principio único, deducirá no sólo al hombre en su complejidad, sino también al *no-yo*, al universo en toda su variedad; el *yo*, será la substancia, la causa, toda la realidad; el *Dios*, en una palabra, de su sistema; panteísmo moral que ha merecido llamarse un spinozismo *al revés*. El *yo* se levanta por sí mismo, y precisamente porque se levanta, se opone al *no-yo*, sin el cual no podría ni determinarse, ni tener conciencia propia. El *yo* es todo actividad y libertad puras; se desarrolla según sus leyes, oponiéndose sin cesar al *no-yo* de donde retrocede en sus límites, por la ciencia, sin poderlos pasar so pena de indeterminarse. Reconociendo esa imposibilidad, el *yo* vuelve entonces sobre sus pasos, y teniendo conciencia de su verdadera naturaleza y de su procedimiento, se reconoce como principio idéntico del *yo* y del *no-yo*; esta es ya la obra de la filosofía; en esos momentos se alcanzan el conocimiento y la vida perfectas, el *yo* que antes sólo era relativo acapara la parte inconsciente y virtual de sí mismo y llega á ser el *yo* absoluto, el Dios se ha realizado.

La moral más pura, fundada en la libertad y en el deber, se desprende de semejante doctrina. Elevada á esa altura, la personalidad humana comprende mejor el respeto que se debe, y ya sabemos qué frutos produjo en 1813. Entusiasmó á la generación que escuchó ávidamente las lecciones del joven y austero profesor.

Es un espectáculo muy interesante el que presenta la Universidad de Jena de 1795 á 1800. En esos momentos, la nueva filosofía está victoriosa por completo. Sus adversarios, los representantes del viejo espíritu empirista, de la filosofía volteriana, Nicolai y los redactores de la *Biblioteca Universal*, se han visto aplastados por los golpes y el desprecio del idealismo triunfante. Todos se lanzan atrevidamente en la vía abierta, todos cavan su filón y sacan de él nuevas riquezas. Están muy lejos, por otra parte, de ser de la misma opinión sobre la doctrina, pues se marcan profundas diferencias entre los diversos puntos de vista de esos jóvenes. Surgidos del sistema de Fichte, como éste último lo era de Kant, lo transforman á su vez más ó menos, según sus disposiciones particulares. Sin embargo, parece unirlos un principio, y es el de que todas las manifestaciones del *yo* son legítimas, es decir,

que con la condición única de la sinceridad, todas las opiniones filosóficas son respetables, porque tienen su razón de ser en una idea verdadera, pero más especialmente desarrollada que las otras. Uno de los más nobles apóstoles de esa teoría, Schleiermacher, que recomendaba á los individuos que no renunciases nunca á su *carácter propio*, personifica bastante bien ese liberalismo que no excluía la ardiente fe ni el dogmatismo. No tardó en indicarse una tendencia general al medio de esas manifestaciones particulares. Después de haber reinado algún tiempo, el subjetivismo absoluto de Fichte se hacía insuficiente. Sentíase la opresión en los estrechos límites del *yo* individual. La naturaleza, es decir, el *no-yo* iba pues á ser restablecido integralmente frente al hombre. Esa será la obra de Schelling hacia 1800; pero antes de la aparición de su idealismo objetivo, se halla un período de transición en que la nueva filosofía se anuncia bajo variadas formas con Reinhold, Schleiermacher, Bardili y las primeras obras de Schelling. En ese período de transición encontramos el nombre más brillante sin duda, el de Novalis. Un hegeliano, M. Michelet de Berlín, sin caer en el defecto de sistematización arbitraria habitual á esa escuela, ha determinado bastante bien el lugar de Novalis en la filosofía alemana de esa época. Según él, la filosofía de Fichte debía necesariamente producir un triple movimiento, movimiento llevado á cabo por Federico Schlegel, Schleiermacher y Novalis. Irritado ante el límite invencible del *no-yo* que encuentra su acción, el *yo* se entrega á una especie de *ironía* respecto á sí mismo, y este es el punto de vista de Schlegel en los primeros tiempos. O bien, reconociendo el límite como invencible, el *yo* se encierra en su personalidad propia y coloca lo absoluto en la manera de ver de cada uno, tal como está determinada por su propia naturaleza y este es el principio de Schleiermacher. O por último, el *yo* hace el sacrificio de su individualidad y se deja absorber por el *yo* universal, y este es el principio de Novalis.

II

Conocemos dos retratos de Novalis bastante diferentes si no por la expresión sí por los rasgos. En el primero, es muy fácil reconocer al estudiante de Leipzig y de Jena, al joven revolucionario de la literatura y de la filosofía, severamente ceñido en sus vestidos, tal como debía aparecer á sus amigos de las Universidades. El rostro muy dulce, se ilumina un poco, con la sonrisa con que Schlegel se burlaba de los adversarios de la nueva escuela. En el segundo está representado el Novalis de la leyenda; bajo los cabellos castaños que caen en largos bucles hasta la espalda, aparece una frente muy ancha de pensador, que por el contraste con el resto de la fisonomía graciosa y femenina, no deja de contribuir á darle cierto carácter extraño. Su tinte, nos dice Tieck, era casi diáfano; por los rasgos y la expresión se parecía, según aseguran sus amigos, al Evangelista Juan, como lo representó Alberto Durero. El candor inalterable que hay en esa fisonomía hace reinar en ella una eterna

adolescencia. Los ojos se abren muy grandes frente á un mundo que parece no ser el nuestro.

Extraño también es el destino de esa alma, dormida en la primera edad, en el niño silencioso y solitario, y cuyo espíritu parecía aún haberse retardado en la visión confusa de limbos anteriores á la vida, cuando vino al mundo en Wiederstedt el 2 de Mayo de 1772. Después, hacia los diez años, pasada la crisis de una larga y dolorosa enfermedad, despiértase repentinamente y se revela desde luego por los progresos extraordinarios del niño estudioso y por el ardor que deja ver en sus afectos y en sus juegos. Una superabundancia de vida está en él, con la cual da un sentido profundo y misterioso á cada uno de sus actos. En su primera visión del mundo parece haber conservado el recuerdo maravilloso del sueño anterior.

Federico de Hardemberg se entregaba, dice uno de sus biógrafos, con sus hermanos á un juego extraño y poético; cada uno representaba un genio, uno era el genio del cielo, otro el del agua, otro el de la tierra. Los domingos por la tarde, Federico contaba á los otros dos los diferentes acontecimientos de esos tres imperios. Existen todavía poesías de él de esa época. La antigua casa patriarcal de los barones de Hardenberg, le conservó durante su crecimiento cerca de un padre, que en la frecuentación con las comunidades morales, había obtenido una elevación de espíritu moral y religioso y una severidad cuya estrechez chocará más tarde con el pensamiento libre de su hijo; cerca de una madre á quien ama con pasión y ternura *extraordinarias* y que hace brotar en él los primeros manantiales del río de amor que debía tan ampliamente regar su vida. Cuando apareció á los veinte años entre los grupos de la fuerte juventud, que llenaba las grandes ciudades de la Sajonia, la deslumbró desde luego. Era, en cuanto á vida interior, el más rico y el más puro y generosamente derramaba el esplendor en ardientes conversaciones, en ensayos literarios ó filosóficos, exuberantes como la loca vegetación de radiosa primavera. Pónese en contacto con otros almas, enriqueciéndose todavía con lo mejor de éstas y prestándoles también su inagotable vigor. Una simpatía profunda lo liga, naturalmente, desde luego á Schiller, en quien ve al regenerador de ese siglo, del que se sentía tan alejado por el desprecio de la filosofía á la moda de los Voltaire y de los Helvetius. Schlegel lo inicia al pensamiento nuevo que desde Kant comenzaba á dejarse ver en la época. Y cuando Fichte lo formulaba de brillante manera en la *Doctrina de la Ciencia*, está en la primera fila de los que le rodean.

El amor y el dolor iban, al penetrar profundamente en su alma, á ayudarle á desprender por fin su personalidad, errante hasta entonces á través de distintas influencias. Su ensueño se formuló un día frente á una niña de catorce años, Sofia de Khün, en toda su gracia y en toda su pureza. En ella, encontraba, más bien que al *eterno femenino*, lo que llamó antes de Goethe: *lo infantil eterno*. El encuentro de ese primer amor, purifica aun más su ideal y su vida de joven; su recuerdo queda para siempre como el punto de partida y la piedra angular de su genio.

Aun cuando las circunstancias lo hayan mezclado á vida diferente; en el fondo de todos sus pensamientos, existirá siempre esa visión primitiva, dando dirección y sentido á sus facultades, y en cada una de sus obras, pasará siempre la obscura cabellera rizada de aquella que había muerto á los quince años, después de haberle prometido la felicidad.

Para lo sucesivo esa idea asciende más y más en él, que el mundo de las cosas sensibles que ve en su derredor y que le aparece desierto; pues no podrá ya tomarlo tal cual es, en su realidad material y perseguirá siempre al infinito de su pesadumbre que también es desesperación.

La bien amada que entró á las tinieblas, le seguirá, á pesar de los obstáculos y de las formas del Universo actual que ilumina la luz del día. En ella es donde ve la Belleza con la Verdad y con la verdadera vida. Cuando vuelva á su pensamiento de filósofo, habrá comprendido en el dolor, la evidencia y la necesidad del idealismo.

Pero su aspiración ardiente se traduce desde luego por la poesía. Cerca de la tumba de Sofia, escribe sus *Himnos á la Noche*, la primera y quizá la más admirable de sus obras. Es el extásis de un alucinado sublime, son las divagaciones de la fiebre y del delirio; pero también es el arranque de una imaginación sin límites y á través de la que se siente pasar la desgarradora lamentación y el desesperado llamamiento de una voz humana. En esa aspiración hacia las cosas vueltas á la muerte, hacia el pasado de su existencia, el poeta se desvía del mundo actual; la vista de los objetos terrestres hieren sus ojos, desprecia la luz que los hace visibles y se refugia en la noche. Porque la noche y su sueño, son propicios para la evocación de los recuerdos y para hacer surgir los ensueños, y solamente en su misterio podrá comunicarse con ese mundo ideal, que es la patria de su alma.

«Un día derramaba amargas lágrimas; en el dolor se deslizaba mi esperanza rota y me encontraba solitario en desolada colina; que, lugar estrecho y sombrío, encerraba la visión de mi vida; solitario como jamás nadie lo ha estado, poseído de indecible agonía, sin fuerzas y pensando nada más en mi miseria, miraba por doquiera buscando socorro, sin poder avanzar ni retroceder; me así con infinito ardor á la vida transcurrida, á la vida extinta. Entonces, vino de las lejanías azules, de las alturas de mi antigua felicidad, una visión de crepúsculo y repentinamente el lazo del nacimiento (1) reemplazó á las cadenas de la luz. Allí me refugié, lejos de la magnificencia terrestre y mezclamos nuestras tristezas en un mundo nuevo é impenetrable.

«Tú, inspiración de la noche, apaciguamiento del cielo, descendiste á mí. El país se elevó y por encima del país volaba mi espíritu libertado y vuelto á nacer. La colina se cambió en nube de polvo y á través de la nube vi los rasgos radiosos de la Bien amada; en sus ojos reposaba la eternidad, tomé sus manos y las manos formaban entre ambos un lazo brillante é indestructible.

«Los millares de años desaparecían en lo lejano

(1) Es decir, la Noche original de donde la vida terrestre la hace brotar.

como tempestades. Lloré en su cuello lágrimas de encanto por la nueva vida. Fué mi primero y mi único sueño y desde entonces guardo eternamente una fe inalterable en el cielo de la noche y en su luz, en la Bienamada.»

Pero hay algo más; esa aspiración hacia la noche, nacida en Novalis, de sentimientos muy personales, era también de una manera general, de la escuela idealista y romántica.

Desdeña la luz que sólo ofrece á las miradas, los objetos materiales y su caos; el mundo verdadero y real no existe y es el mundo inteligible el que se desarrolla con toda su armonía en el silencio y en la sombra, en el fondo del alma, cuya libertad no tiene trabas. Necesita la noche, no la noche estrellada, sino la noche oscura y absoluta; necesita las paredes del gran cielo negro, para dibujar en ellas ese mundo ideal y para pasear por ellas el fresco de su fantasía.

Allí puede nacer la poesía verdaderamente *sin-tética*, que soñaba ese romanticismo, puesto que los más diferentes objetos, según el mundo visible, pueden encontrarse allí, unidos por la emoción del alma: una poesía á la que están permitidas así las *an-titesis*, puesto que puede dominarlas, una poesía mágica, puesto que ningún límite, ninguna de las leyes que rigen las cosas bajo la Luz, puede impedir su libre creación.

Puede también reconocerse allí, uno de los puntos que distinguen al puro romanticismo del romanticismo francés desde Hugo, que fué poco idealista y tan objetivo que estudiaba la realidad material en sus detalles á ejemplo de esos pintores italianos, que observaban hasta los dibujos naturales de los muros viejos, y que debía tener por consecuencia el naturalismo. Para esto, necesitaba la gran luz, el sol deslumbrador del Oriente. Aun cuando cuentan entre ellos algunos orientistas, los verdaderos románticos alemanes permanecen en su sombra septentrional. Abandonan el Universo lleno de luz y sus pretendidas maravillas á las *gentes razonables* y se vuelven hacia esa *Noche*, que Novalis llama *la gran reveladora de mundos sagrados*.

El poeta que se había encontrado en los *Himnos á la Noche*, debía aún desarrollarse en los *Cantos espirituales* y en la gran novela que su muerte dejó sin concluir: *Enrique de Ofterdingen*. Pero el pensador había desprendido al mismo tiempo en los *Discípulos de Saïs* y en sus *Fragmentos*, el bosquejo de una filosofía que puede colocarse entre las más nobles y entre los más poderosos esfuerzos del espíritu humano.

III

Al caer el sol en las gradas del templo de la diosa, los discípulos de Saïs discuten sobre la Naturaleza. Opiniones más ó menos diversas se cruzan alternativamente, cada uno propone su interpretación, cada uno viene á interrogar á la Isis misteriosa, esperando arrancarle el secreto que guarda implacable desde el principio de los siglos. Pero es en vano; si algunos se acercan más ó menos á la idea que se hace autora de la verdad, ninguno la expresa de

una manera completa y el libro se cierra antes de que hable la diosa.

En esas notas lanzadas al azar del pensamiento, que reunió con el título de *Fragmentos*, se revela mejor que en ninguna otra parte el genio de Novalis.

Pero no es fácil formar una serie continuada sin lagunas y sin contradicciones. En los diversos momentos en que fueron escritos, se llevaba á cabo visiblemente una evolución intelectual en el joven.

Resulta que su filosofía se inclina ya al lado de la de Fichte, que había sido su punto de partida, ya al contrario, se aleja por completo y se reúne á la de Schelling en 1800. A cada instante, se le ve proclamar su respeto y su admiración por el maestro. «La deducción de las ideas de Fichte, dice, es la mejor prueba del idealismo. Lo que quiero lo puedo, ninguna cosa es imposible al hombre.» Este es el principio de la soberanía del *yo*, que se afirma así categóricamente y que encontramos en otra parte. «*Yo=no-yo*, he ahí el principio de toda ciencia y de todo arte.»

De la misma manera, el fin del hombre consiste en la conciencia de su *yo* absoluto, y por esto mismo, en el conocimiento, no solamente de sí propio, sino de sus semejantes. «La tarea más alta del pensamiento es apoderarse de su identidad trascendental y ser á la vez el *yo* de su *yo*. Si no nos comprendemos perfectamente nosotros mismos, nunca conseguiremos comprender á los demás.» Pero ese *yo* absoluto que sólo tenía en Fichte una existencia subordinada, en poder más bien que en acto y que no era después de todo, más que una transformación del *yo* relativo, va á tener en Novalis una realidad más y más grande por encima de ese *yo*. Saliendo del punto de vista subjetivo en que se había encerrado su maestro, va á dar á la Naturaleza su existencia propia. Sin duda que, aunque expulsado del *yo* y objetivado, el *no-yo* no era distinto en el fondo. El *yo* y el *no-yo*, tendrán su principio común en el *yo* absoluto, creador á la vez de la Naturaleza y del espíritu y razón suprema de su armonía; en la Divinidad.

La Naturaleza ha sido hecha para el espíritu y el espíritu para la Naturaleza. Esta última posee una alma; la *Weltseele*, que no difiere de la nuestra en el fondo y con la que debe acabar por reconocerse é identificarse. El mundo es el resultado de una concordancia infinita entre esas dos formas de la Divinidad y «nuestra propia pluralidad interior es el principio de la interpretación del mundo;» es decir, «que no hay otra cosa en la Naturaleza que lo que hay en el espíritu y que nuestra complejidad psicológica es la suya.»

«¿Qué es la Naturaleza? Un index enciclopédico y sistemático ó un plan de nuestro espíritu?» «El hombre es esa substancia que refracta infinitamente la Naturaleza ó la *polariza*. El mundo del hombre existe tanto y es tan variado como lo es él. El mundo de los animales es ya mucho más pobre, y así sucesivamente.» Llamamos *reflexionar* desprenderse del mundo exterior; pero al volver sobre sí mismo, el hombre no encuentra una cosa diferente de este mismo mundo exterior. Para Novalis, el critiquismo es el método que nos conduce del es-

tudio de la Naturaleza á nosotros mismos, á la observación é investigación interiores y del estudio de nosotros mismos al mundo externo, á su observación é investigación. Nos hace considerar la Naturaleza ó el mundo externo como un sér humano, y nos muestra que podemos y debemos considerar todas las cosas, como si tuviesen con nosotros las mismas relaciones que nosotros con nuestros amigos.»

«Vemos ahora, agrega, el lazo que une al sujeto con el objeto, vemos que hay en nosotros un mundo exterior que está con nuestra alma en las mismas relaciones, que el mundo externo que está fuera de nosotros, lo está con nuestro cuerpo; y que esos dos mundos están tan ligados entre sí como nuestra alma y nuestro cuerpo, que podemos pues, percibir por el pensamiento interior y por el alma de la Naturaleza, como podemos percibir por la sensación el cuerpo de la Naturaleza. Por encima del espíritu de la Naturaleza y comprendiendo á ambos existe, dijimos, el antiguo *yo* absoluto de Fichte: Dios.»

Dios es todo y Uno; en él todas las ideas son parientes, es el lugar geométrico y necesario en el que cesan todas las contradicciones y se resuelven todas las antinomias. El panteísmo se afirma con energía. «Nos representamos á Dios personalmente, como nos representamos personalmente á nosotros mismos. Dios es también personal, también individual, como nosotros mismos; porque lo que llamamos nuestro *yo*, no es nuestro verdadero *yo*; sino nada más su reflejo.» En efecto, «el principio del *yo* es puramente ideal; la idea de principio es una idea tardía,» y es porque nuestro verdadero *yo*, el *yo* absoluto, Dios, no puede haber tenido principio real, con él y en él, somos pues, eternos.

Novalis dice en otra parte y en el mismo sentido: «Todo cuanto es real, actual, sensible, es ya subalterno, es el resultado de una antítesis, de un análisis. La Verdad pura no es sensible. El sujeto y el objeto son ya antítesis.»

Aquí hace pensar en Hegel; más frecuentemente se inspira Spinoza y no se muestra ingrato para con él. Le llama hombre embriagado de Dios, y á su doctrina, orgía de Divinidad. «La verdadera filosofía es el idealismo real ó el spinozismo; se apoya en una fe superior: la fe es inseparable del idealismo.»

Es el método intuitivo, que será el de Schelling y el de casi todo ese periodo. Lo absoluto, que no puede caer bajo el dominio del razonamiento sin convertirse en relativo, será atacado por un acto primitivo inexplicable, una iluminación repentina, una aparición de la esencia divina en la que se ha consumado la unión de lo real con lo ideal, de la Naturaleza con el espíritu. «Esa fe en las verdaderas revelaciones del alma no está en ver, en escuchar y en sentir, está compuesta de las tres cosas, es el sentimiento de una certidumbre inmediata, una visión directa de mi más verdadera, de mi más propia vida.» Sin ella, el hombre no sería un ciudadano del mundo, sino un animal, y la incredulidad es la carencia de un órgano divino, una miseria de Divinidad.

Por medio de esa luz interior el hombre se comu-

nica con Dios. «Parece al hombre que emprende una conversación, y que algún sér desconocido y espiritual lo determina de una manera maravillosa á desarrollar los pensamientos más evidentes.

Este sér, debe ser un sér superior, porque está en relación con él de tal manera que no es posible estarlo á un sér sometido á los fenómenos; debe ser, un sér homogéneo, puesto que se le trata como un sér espiritual y que no le compromete sino raras veces á la actividad propia. Ese *yo* trascendental está en las mismas relaciones con el hombre, que el hombre con la Naturaleza ó que el hombre experto con el niño. El hombre desea hacérsele semejante como desea identificarse el *no-yo*. Este hecho no se deja demostrar, cada uno debe experimentarlo en su propia persona. Es un hecho de especie superior que encontrará al hombre superior; pero los hombres deben esforzarse por provocarlo en ellos. Filosofar es conversar consigo mismo de la manera susodicha; es hablando propiamente, una revelación de sí mismo, una excitación del *yo* real, por el *yo* ideal. La filosofía es el principio de todas las demás revelaciones, la resolución de filosofar es un compromiso del *yo* real, de reflexionar, de despertarse y de espiritualizarse.

Se ve pues, que Dios, es decir, el *yo* ideal y absoluto, es no solamente el principio de la Naturaleza y del espíritu, sino también el de toda religión, de toda ciencia, de todo arte, de toda filosofía, en una palabra, de todo conocimiento.

* * *

Novalis se representa la Naturaleza tal como nos aparece, como una gran ciudad petrificada, convertida en piedra, dice, de admiración al ver á Dios ó de terror á la llegada del hombre. Lo que vemos ahora, es solamente la imagen inanimada de una existencia anterior, de una vida divina en una edad de oro ideal en que el Espíritu animaba todas sus formas diversas. El Espíritu se ha retirado y sólo quedó un cuerpo helado, máquina estúpida, cumpliendo sus leyes, sin inteligencia y sin conciencia. Apenas acá y acullá se aperciben los vestigios de esa edad de oro. Diríase, dice Novalis, que son los restos de un gran banquete. Son los vestigios evocadores de la época primitiva de vida, de belleza y de felicidad, que se encuentran al ver ciertos rostros humanos, particularmente ciertos ojos, ciertas sonrisas, ciertas actitudes; la gracia es, sin duda, una emanación de la edad feliz; «es ella á la que se reconoce en el sonido de ciertas voces y de ciertas palabras, en la lectura de ciertos pasajes, en las miradas que se lanzan algunas veces, sobre la vida, el mundo y el destino.»

Aquí Novalis se une á Platón y á su teoría de la Reminiscencia. Como él, le veremos conducir al espíritu por una dialéctica análoga de los restos de la vida antigua á contemplaciones más y más altas, hasta el conocimiento perfecto, hasta la realización de una vida nueva de bien, de felicidad y de belleza. Recomenzar la existencia anterior, unirse estrechamente, tal es el voto común de las cosas y del espíritu. «Si Dios ha podido hacerse hombre, exclama Novalis, puede también hacerse piedra,

planta, animal y elemento, y quizá exista de esta manera una Redención sin fin en la Naturaleza. El hombre será el Mesías de la Naturaleza; él es quien conducirá el Espíritu y la Vida. Estamos en misión, estamos llamados á la civilización de la tierra.»

Es una idea que se encuentra también en los *Himnos á la Noche* y en los *Discípulos*, como en los *Fragmentos*. Nuestra obra consiste en despertar, en galvanizar, en *vivificar* los restos de la gran ciudad muerta. Debemos esparcir en ella, á torrentes, la animación, y para ello con la filosofía (que es *desflematizar*), la ciencia y la poesía, tres cosas que, bajo diversos aspectos, son una sola: el conocimiento.

El conocimiento es la pura vivificación. «Esto no es otra cosa sino una apropiación, una identificación (del sujeto y del objeto, del Espíritu y de la Naturaleza). Yo no puedo conocer nada sino cuando lo recibo en mí; es al mismo tiempo una alienación de mí mismo y una apropiación ó una metamorfosis de otra substancia en la mía; el nuevo producto está formado de dos factores. . . . En lo sucesivo el Espíritu y la Naturaleza, unidos así, son solidarios y las modificaciones de uno son las de la otra. Así es como distingo en mí tantas fuerzas de conocimiento, como fuerzas hay en lo exterior. Entonces observamos extraños conflictos en nosotros (antinomias). Sin la vivificación, sin la animación, no podríamos hacer en nosotros tales distinciones. Por ese conocimiento que identifica mi alma con la *Wetsele*, mi libertad, que es entonces absoluta, no se distingue ya de la ley del universo. En ese momento mi voluntad y mi ciencia están perfectamente unidas.» «Me sé á mí mismo como yo me quiero, y me quiero como yo me sé.» «Sabiéndome y queriéndome, sé y quiero también á los demás.» «El germen de unión, ese principio de eterna paz, crece y penetra irremisiblemente por todas partes; es el progreso que se adelanta y pronto no existirá ya más que una sola ciencia y un sólo Espíritu, como un sólo Profeta y un sólo Dios.»

La edad de oro se ha realizado; la unión del Espíritu con la Naturaleza se ha consumado con la mediación del hombre. El hombre es el sacerdote que, según la magnífica metáfora de Novalis, ha hecho comulgar á todos los objetos terrestres con el pan y el vino de la vida eterna.

Distribuidor de la vida, el Espíritu se cierne sobre el universo. Podría decirse que le da su forma si esa forma no estuviese ya latente en él, antes de todo conocimiento. Sus leyes, son las leyes de las cosas. Fichte, al suprimir así la obra de Kant, había ya planteado ese principio ó identificado la Lógica con la Metafísica. Novalis lo toma por su propia cuenta y lo desarrolla. La Metafísica es la lengua y la Lógica es la gramática. En vacío, los conceptos lógicos no serían frente á frente de los otros, más que palabras sin pensamiento y recíprocamente, sin las formas lógicas, los conceptos metafísicos sólo serían pensamientos sin palabras con que expresarse.

Pero Novalis va más lejos; la libertad del *yo* para él es tal, que no puede estar sometida á regla ninguna; y las leyes de la lógica, que son las de las

cosas, serán también las leyes de la fantasía. De ahí (y en esto Novalis se acerca más y más á Fichte), el espíritu se encuentra en posesión de una especie de poder creador. Todo cuanto en él se encuentra, debiendo encontrarse en la Naturaleza, puede hacer brotar de una palabra las cosas á la existencia.

Que se considere que la palabra Dios sólo tiene cuatro letras, y se sentirá uno espantado de la facilidad con la que el hombre puede evocar todo. No sabemos nunca una cosa, sino cuando podemos expresarla ó hacerla. La definición real es una palabra mágica, y nosotros somos los más grandes mágicos que existan, puesto que nuestros encantamientos nos aparecen como fenómenos extraños y sacan todo su poder de ellos mismos. El acto de hacerse ilusión á sí mismos es el más elevado, es el punto primitivo, el génesis de la vida.

* * *

¿Cómo llega el hombre al conocimiento perfecto? ¿Cómo se produce el completo *Belebung* del universo? ¿Cómo penetra el Espíritu de manera adecuada en la Naturaleza?

A estas preguntas el Espíritu puede contestar de diferentes maneras, por la poesía, por la ciencia, por la moral, que son las tres formas de un mismo *processus*. Para Novalis, el objeto común es el matrimonio del Espíritu con la Naturaleza. Los sabios, los moralistas y los poetas, irán por toda la tierra á buscar los vestigios de la edad de oro. Se esforzarán por reunir los rasgos diseminados y por llenar los intersticios de los huesos de su esqueleto. Serán esos viajeros de los *Discípulos de Saïs*.

«Llenos del deseo de saber, se habían puesto en camino para buscar las huellas de ese pueblo primitivo y perdido, del que la humanidad actual, parece ser el resto degenerado y envilecido; y la gran civilización á la que todavía es deudora de los conocimientos y de los instrumentos más importantes é indispensables. En particular había sacado de esa lengua sagrada que fué el lazo brillante de esos hombres primitivos con las comarcas sobrenaturales y sus habitantes; y algunas palabras, según diversas tradiciones, pueden todavía haber sido posesión de algunos doctos entre nuestros abuelos. Su pronunciación era un canto maravilloso cuyos acentos irresistibles penetraban profundamente en el interior de cada objeto y le descomponían; cada uno de esos nombres parecía la palabra de alianza para el alma de cada cuerpo de la Naturaleza. Con una fuerza creadora, sus vibraciones hacían nacer todas las formas de los fenómenos del mundo y podía decirse de ella, con razón, que la vida del universo es una eterna conversación á mil voces, porque en su hablar, todas las fuerzas, todas las especies de actividad, parecían estar reunidas, lo más incomprensiblemente del mundo.»

Reconstituir la lengua divina, tal es el designio de los peregrinos. En cada sistema hay una idea, una ó varias observaciones que se han desarrollado de preferencia y sofocado las demás. Dar á cada una su propio lugar para formar un paraíso de

ideas, he ahí el verdadero sistema. El Paraíso es el ideal del universo; y la cuestión de saber dónde se encuentra, no es tan insignificante. Está, por decirlo así, dispersado sobre toda la tierra y ha llegado á ser desconocible. La obra del espíritu es la regeneración del Paraíso. La filosofía, que resume sus diversos procedimientos, es la nostalgia de ese Edén, es el mal del país, el deseo de encontrarse en todas partes, *como en su casa*; es decir, su carácter propio, encontrar su propia y verdadera imagen en la Naturaleza.

El *processus* científico de Novalis no difiere mucho del de Schelling por una especie de intuición intelectual; el espíritu apercibe la unidad del sujeto y del objeto y su unión perfecta en el principio divino. «El hombre que piensa vuelve á la primitiva función de su vida, á la contemplación creadora, á ese punto en que, producir y saber, se ligan en las más admirables recíprocas relaciones, á ese momento fecundo del verdadero placer, de la concepción interior por sí misma.

Cuando se absorbe por completo en la contemplación de ese fenómeno primordial, entonces se desarrolla ante él, en nuevos tiempos y en espacios nuevos, como un espectáculo inmenso, la historia de la creación de la Naturaleza. Y cada punto firme que se agrega á esa fluidez infinita (es decir, cada conquista sobre la ignorancia, cada descubrimiento científico) se convierte en una nueva manifestación del genio del amor, un nuevo lazo del tuyo y del mío. La descripción exacta de esa íntima historia del mundo, es la verdadera teoría de la Naturaleza. Por la conexión de su mundo de pensamientos en sí y su armonía con el universo, se forma de sí mismo un sistema de pensamientos según la imagen y la fórmula del universo.

«Elevarse á la conciencia de esa vida del mundo, que es al mismo tiempo la nuestra, esa es la filosofía por excelencia. En ese momento el hombre es todo en el Todo; es la Divinidad misma: *Dios quiere Dioses.*»

Identificándose con la Naturaleza en el conocimiento, el hombre confunde su alma con la suya y aniquila su individualidad en la conciencia universal. Ningún acto es más natural que ese aniquilamiento de sí mismo; así es como los hermanos Moravos aniquilan su razón; los sentimientos su juicio; las *gentes* su corazón. Pero, por lo mismo que se aniquila, el *yo* se impone y esto es muy fácil de conciliar, porque en esa unión del sujeto y del objeto, se puede considerar á la vez, el sujeto como absorbiéndose en el objeto; ó el objeto como

absorbido por el sujeto; en este último caso el antiguo *yo* relativo de Fichte se ha convertido en el *yo* absoluto.

«De esa manera, somos negativos, porque queremos serlo, y en realidad, mientras más positivos somos, más negativo se vuelve el mundo en derredor nuestro, hasta que al fin, no haya negación alguna, sino que seamos todo en el todo.» En efecto, no debemos ser sencillamente hombres, debemos también ser más que hombres; el hombre es, en general, tanto como el universo.

Recíprocamente, mientras que se pierde en el todo, el verdadero acto filosófico es la renunciación de sí mismo; es el principio real de toda filosofía y el fin de los votos del verdadero discípulo. Sólo ese acto responde á todas las condiciones y á todos los caracteres de la acción trascendental. En la sed, ese ardiente deseo de la disolución, se manifiesta el alma del mundo. Novalis llega hasta decir, que la vida es una enfermedad del Espíritu y que el acto filosófico por excelencia es la muerte.

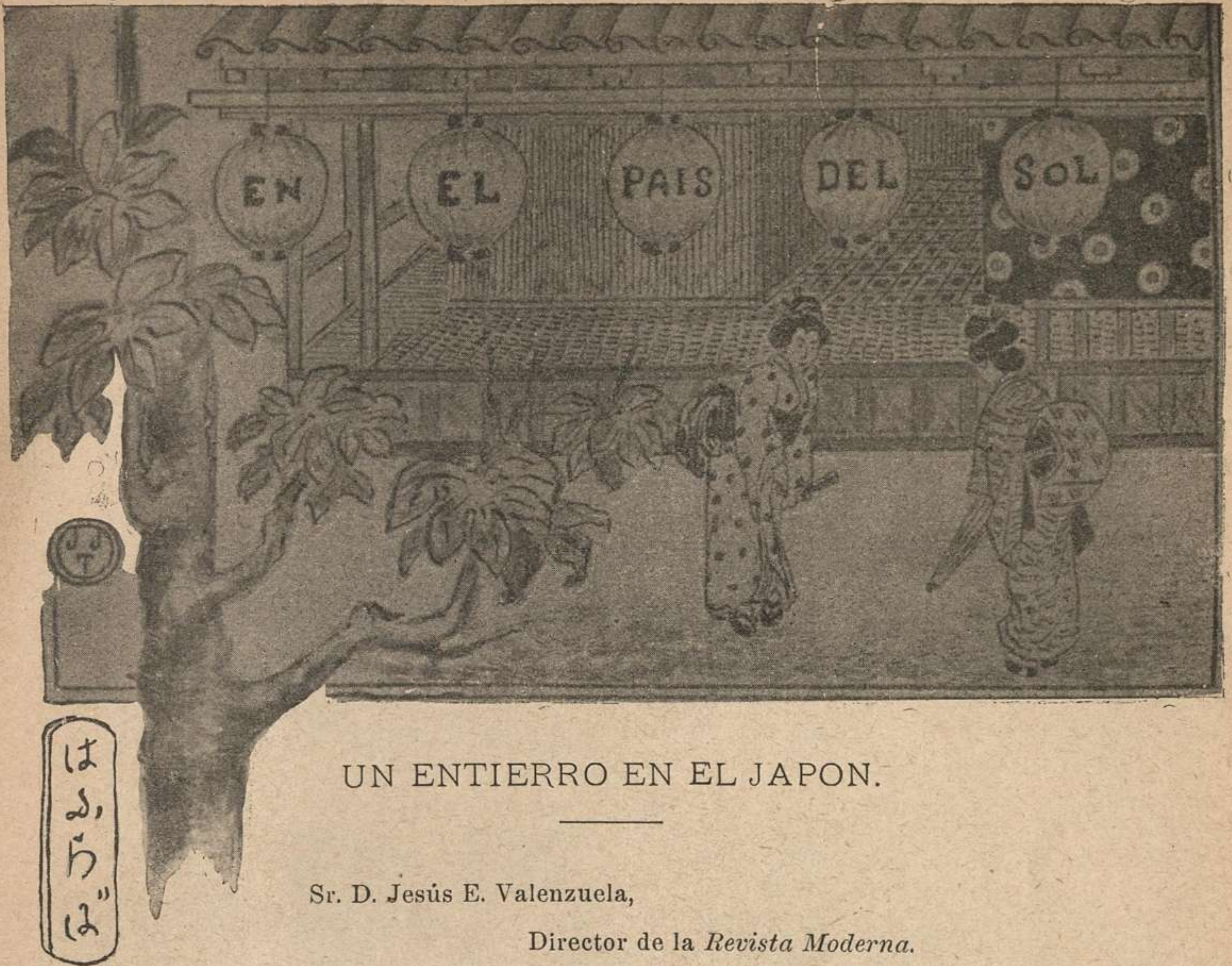
Ya le vimos poeta, en sus aspiraciones ardientes hacia esa muerte que debía llegar pronto á apresarle. Es que tras de la vida actual, en la que, la ciencia, la virtud y la felicidad son necesariamente incompletas, apercibe la inmortalidad en el seno de la substancia, en esa unidad divina del Sér y del Pensamiento, el lugar bendecido en el que todos los ensueños encuentran su objeto real, en que el alma se encuentra con la invisible Bien-Amada, su prometida de otras épocas, para unirse á ella con amor sin fin. Sin duda, para Novalis como para Spinoza, somos por naturaleza verdaderamente eternos y la inmortalidad no es otra cosa que una vuelta á la eternidad.

Por la muerte volvemos á la verdadera vida, así como en la noche es donde encontramos con la pureza de nuestra alma, lejos de la luz del mundo exterior, el brillo purísimo del mundo ideal.

Y en eso podemos ver el sentido general de la filosofía de Novalis; el sentido sobre todo de ese acto único bajo todas sus formas: ciencia, arte, religión, virtud, cumplido por el hombre frente á la Naturaleza, acto de conocimiento, de afirmación de sí mismo á la vez y de aniquilamiento, y que es la obra del alma toda entera: sentimiento, inteligencia y voluntad. Acto de amor, en definitiva, que realiza la unión de las cosas y del espíritu, del hombre y del mundo, que da la vida y que va á la muerte. ¿Y acaso no es la filosofía de Novalis, una filosofía de la vida y una filosofía de la muerte, reconciliadas en una filosofía del Amor?

MAURICE PUJO.

Trad. para *Rev. Moderna*.



UN ENTIERRO EN EL JAPON.

Sr. D. Jesús E. Valenzuela,

Director de la *Revista Moderna*.

En mi anterior correspondencia intenté comunicar á los lectores las impresiones que pasaron y sobrecogieron mi espíritu al visitar los sagrarios de la Shiba. Pero entonces la ciudad religiosa con sus húmedos bosques, sus capillas suntuosas y sus patios inmensos y desolados, estaba paralizada y desierta, no conservando de las ceremonias del culto más que el vago aroma de incienso que saturaba los interiores, y aquí y allá, en los vasos de oro repujado, haces de lotos que se deshojaban olvidados, exhalando en las penumbras del crepúsculo los acres aromas de su agonía. En las terrazas, bajo los cedros centenarios, reposaban los bonzos ensimismados, dejando que la breve pipa se apagara junto al cenicero de laca, mientras que allá arriba, sobre los frondas doradas por la luz del astro poniente, se abatían los cuervos lanzando un último graznido....

Entonces no pensaba que poco tiempo después volvería á uno de aquellos templos para presenciar las imponentes ceremonias de un funeral budhista, y que en las esplendideces de aquel majestuoso teatro se desarrollarían, deslumbrando mis ojos y ensombreciendo mi ánimo con su grave poesía, los extraños ritos del misterioso culto.

**

Acababa de descifrar la ilustre firma de un hermoso *kakemono* extraído por mi ávido amor á las obras de arte de la polvosa trastienda de un anticuario, y me disponía á reintegrar la bella pintura

en su funda de viejo brocado, cuando un criado nipón, risueño y reverencioso, entra á mi cuarto y me entrega una carta. A la luz del día que declinaba descifro el mensaje: El Conde KURODA, presidente del Consejo privado del Emperador, había muerto, y Mr. L., un distinguido amigo mío cuya posición le daba acceso á todas las ceremonias de la Corte, me invitaba graciosamente á las honras fúnebres, que debían celebrarse la mañana siguiente, en uno de los templos de la Shiba. Queda dicho que acepté la amable invitación, íntimamente regocijado al pensar que dentro de breves horas me sería dado presenciar un misterioso drama, que tendría por espectadores á los miembros de la aristocracia japonesa y por proscenio los santuarios magníficos cuyo sólo recuerdo me anegaba en profundas y dialectas *rèveries*....

Muy temprano, al día siguiente, con una espléndida mañana en cuyo luminoso ambiente vibraba sin cesar el delirante canto de las cigarras, corrimos en el tren de Yokohama á Tokio, deleitándome yo una vez más con el pintoresco escenario, lleno de verdes colinas y boscajes umbríos, florecido de trecho en trecho por espléndidos estanques de lotos, cruzado por campos de arroz y sembrado de lindas alquerías niponas y de templos delicados como *bi-belots* en cuyo fondo duermen extraños dioses rústicos....

Tokio y su gran estación pululante y sonora, henchida por pintorescas multitudes; Tokio y sus inmensas y sombrías murallas de color violeta reflejando en el canal anchuroso el follaje de los pi-

nos que las coronan! Y de pronto, al desembocar en una de las espaciosas avenidas, un tumulto, una inmensa aglomeración que detiene nuestro carruaje y entre cuyas masas compactas se abren paso á duras penas los oficiales de la policía montada. Distráidos por los grupos de *musmés*, por los mil trajes policromos del pueblo, nuestra curiosidad explora aquel tumulto en cuyo seno encuentra innumerables sorpresas. Qué deliciosa gravedad la de aquel *bambino* con su cabecita rapada en cerquillo como un pequeño San Antonio de hábito arlequinesco! Y aquel *djinrichi man* con qué orgullo patrio admira al apuesto oficial de lanceros, de brillante uniforme sobre su nervioso alazán! Y qué orden, sobre todo y que *tenue* la de aquella

multitud que se agolpa en las calles hasta perderse de vista y entre cuyas miriadas no hay un grito ni un empujón, ni una sola nota discordante! Por enmedio de las tripes filas que forma el pueblo en valla, á lo lejos se ve llegar una vanguardia de dragones que avanza rápidamente al son de las trompetas.... Es la descubierta de la procesión fúnebre que viene de la mansión del ilustre muerto y al través de las calles de Tokio avanza hacia el barrio de los templos. El ejercito japonés, de donde brotó la falange gloriosa que acaba de obligar á la humanidad entera, libertando á los extranjeros de Pekín de la rabia "Boxer," es admirable por su disciplina y su dignidad. Pocos galones, una *mise-en-scene* nada aparatosa, aunque correctísima;



pero en aquellas filas de rostros graves y bronceados se adivina la energía, la homogeneidad, la absoluta conciencia del deber; todos esos factores que un momento dado, en los fuertes de TAKÚ ó frente á la Muralla China, dan un seguro producto de heroísmo y de triunfo glorioso! Y aquellos rudos legionarios de baja estatura, cráneo rapado y rostro cobrizo y pomuloso, tienen en su aspecto una semejanza absoluta con las tropas mexicanas. Recuerdo que en México un amigo mío, miembro de la Legación japonesa, al ver desfilar un batallón me hizo notar casi entusiasmado esa semejanza que ahora yo corroboro y que es tan completa que durante largo tiempo me dió la ilusión de ver marchar á nuestros bravos *Juanes*.... Cuando el último miliciano hubo pasado, pudimos distinguir en su avance solemne un grupo extraño y pintoresco; eran primero unos hombres vestidos de cortas túnicas blancas, con birretes negros asegurados con

barbiquejos y llevando con ambas manos grandes ramos cónicos de flores amarillo naranja, muy semejantes á los *zempazúchiles* de nuestros indígenas. En seguida venía un centenar de individuos vestidos con la idéntica túnica de seda de color blanco, que en el Japón simboliza el luto como el negro en occidente, y en el centro del grupo doce de aquellos escuderos soportaban las andas que sostenían el extraño ataúd, en forma de pequeño templo y tallado en blanca madera virgen, sin más ornamento que sus líneas complicadas y los chapetones de oro grabados con el escudo nobiliario del difunto.... Tras de aquel numeroso grupo de fúnebres pajes blancos, desfiló un cortejo de bonzos, algunos de los cuales portaban estandartes de albeante seda con plegarias búdicas y el nombre póstumo del muerto, escritas en negros caracteres. Los hábitos de aquellos sacerdotes, eran ricos y áureos brocados, tules nebulosos y crespones

de seda cuyos tiernos matices encantaban la vista. Luego del grave y radioso grupo sacerdotal venían los conductores del duelo y en seguida el prolongado cortejo de carruajes, blasonados con las armas de la vieja aristocracia nipona, ó conduciendo á los miembros del Cuerpo diplomático extranjero. Sólo entonces pudo nuestro carruaje incorporarse á los demás vehículos que penosamente avanzaban entre el grueso valladar humano que con su respetuoso silencio expectativo se asociaba pasivamente á la majestuosa marcha fúnebre. Por fin alcanzamos las amplias y arboladas avenidas que denuncian la vecindad de la ciudad sagrada. Por todas partes las masas del pueblo, llenando las calles inmensas y las avenidas sin fin. ¿De donde salía aquella multitud que durante los kilómetros recorridos no dejaba ni un solo claro á nuestros lados? Pero en fin, Tokio tiene cerca de 2 millones de habitantes y la muerte del ilustre Conde había conmovido á la población entera! Y ante aquellas multitudes sentíamos un mareo y la noción abrumadora de las excesivas poblaciones asiáticas que hormiguean y se reproducen como un fermento bajo el cristal del microscopio.... Llevábamos ya dos horas de marcha que iba haciéndose tediosa, hasta que por fin distinguimos el SAMMON, la gran puerta de laca roja que da acceso al interior de la Shiba. Pocos momentos despues bajábamos del carruaje frente al pórtico de uno de los templos y entregábamos nuestras tarjetas á un ujier que nos mostraba el camino.... De ujier en ujier, al través de jardines y de extraños edificios, llegamos por fin á una vasta sala con aspecto de barraca, pero cada uno de cuyos detalles era una obra maestra de carpintería.

En las maderas vírgenes despertaba el alma de los bálsamos y el aroma de las resinas transportaba á aquel recinto penumbroso la visión de las fragantes selvas y de los bosques estivales..... En una de las esquinas se había instalado un *buffet* y las aguas minerales y los refrescos se escanciaban en medio del calor tórrido que secaba las gargantas. Pronto aquel lugar, la sala inmensa en cuyas triples alfombras se ahogaba el rumor de los pasos, se vió henchido por una multitud *d'élite* donde veíanse los altos dignatarios del imperio: príncipes, generales de vistosos uniformes junto á los embajadores y ministros de las potencias extranjeras... Pero hacía tiempo que yo había dejado de fijarme en los personajes cuyos nombres y títulos declinaba amablemente á mi oído mi distinguido acompañante.... Toda mi atención, todo mi amor de artista por la Naturaleza, había sido atraído por un jardincillo que se distinguía desde la *verandha* del salón.

Un feérico jardín minúsculo hecho para los festivales de algún genio hermano de Oberón y Titania; un parque en miniatura que de noche alumbraría una luciérnaga y que llenaría de ecos la música de una sola cigarra.... Y ahí grutas, boscajes, lagos y cascadas, breves llanuras y claros selváticos; pero todos aquellos elementos de belleza natural, armonizados por tan sabia técnica, que por instantes se perdía la noción de su pequeñez, y aquello tomaba magnitudes grandiosas.

La ceremonia había principiado; algún rito misterioso se desarrollaba allá en el fondo obscuro, cruzado por las líneas complicadas de la perspectiva arquitectural.... Algún rito que los ojos de los mortales debían ignorar y de cuyo arcano sólo percibíamos los hálitos del incienso que ardía en innumerables pebeteros y un extraño rumor de angustiosas plegarias, cuyas frases imploradoras subrayaba la sonora y persistente vibración de los *gongs* invisibles.... Alguien de pronto dió la señal de un nuevo desfile; las conversaciones en voz baja cesaron, y momentos después nos encontramos en una de las salas interiores. Ahí numerosas filas de sillas estaban dispuestas para recibir á los concurrentes más favorecidos. Los personajes más encumbrados tomaron asiento, el Marqués de Yamagata, que ha sido elevado al rango de príncipe; el Marqués de Ito, reformador del Japón; el de Nagasaki, el de Aoki, el Conde Enomoto, lejano amigo de nuestro Presidente General Díaz; y por fin, como una gloria eclipsada, el antes poderoso Shiogun, supremo jefe militar vencido por el actual Mikado.... Al ver á aquel digno anciano, un Tokugawa cuyo blasón es un astro en el Armorial japonés, no puede menos que pensar en la *vanidad de todo* que el budhismo proclama con más amargura que el texto bíblico.... Un *shiogun*, rayo de las épicas batallas, absoluto dominador del belicoso Japón feudal, perdido ahí, obscurecido, sin más gloria que el mortecino recuerdo de su triunfal pasado!..... Yo tomé asiento entre los miembros de la embajada china y los ministros de Siam y de Korea..... Frente á nosotros un gran estrado limitado por pilares de madera revestida de brocados maravillosos que el brillo de las bujías llenaba de moarés estremecidos; á la izquierda el altar, donde «la perla del loto,» el Budha sin miradas emergía del ancho cáliz de la flor hierática, y á nuestro frente el ataúd de madera impoluta y blanquísima entre un bosque de umbrías coníferas, de lotos de carmín y de morados crisantemos, salidos de los jardines imperiales.

Una pausa, una calma expectativa y en medio de ella, entre las nébulas azules que flotaban sobre los incensarios de bronce, como fantasmas de otra edad que llegaran del fondo del pasado, aparecieron los bonzos avanzando con rítmico y solemne andar. Llegando al estrado se dividieron en dos filas y formaron un cuadro; mientras que en el centro, sobre sillones de roja laca, tomaban asiento tres de los sacerdotes más ancianos.

El oficio búdico empezaba, entre la azul humareda del incienso y el pertinaz canto de las cigarras con que se estremecían las frondas de los jardines vecinos.

*
*
*

Con la vaguedad de un suspiro, como un susurro tenue, principió la salmodia de los bonzos inmóviles, abstraídos, sin más accidente en sus figuras quietas que el chispear de sus áureos trajes.... el suspiro se elevó como un murmullo, un *gong* sonó con estrépito y la intensidad de la extraña melopea, creció, creció en una queja angustiosa, en una im-

ploración plañidera y patética que á su vez se debilitó hasta concluir expirando con un suspiro moribundo como el suspiro inicial. . . . Luego la melopea volvió á empezar murmurada por el grupo de bonzos y enmedio de su gris armonía, la senil voz de los viejos sacerdotes murmuraba á contra canto una melodía brusca y áspera como una queja enmedio de un gran dolor. . . . Por intervalos los *gongs* metálicos rompían en una vibrante estridencia y los atambores, sordamente, prorrumpían en un ronco sollozo. . . . Por instantes también, al decrecer la melopea, vibraba un sonido argentino, una fugaz nota de cristal, como si la clepsidra del tiempo cayera hecha pedazos en el fondo de la eternidad. . . . Aquel murmullo era como una *berceuse* de ensueños fúnebres. A su obstinado rumor el caos se hacía palpable y las ráfagas de la tumba y las cenizas de los osarios parecían flotar en la atmósfera cuyo silencio acongojado se diría que iba á hacerse en sollozos. . . . poniendo fin á nuestra angustia la melopea cesó. Al cabo los bonzos de rostro acético y emaciado desfilaron lentamente, deshaciéndose como fantasmas en el fondo nublado por el incienso de los pebeteros. . . .

Momentos después llegó el turno de los oradores fúnebres que con voz hueca y monótona inflexión hicieron el elogio del finado. El maestro de ceremonias iba y venía conduciendo á los viejos compañeros de armas del ilustre muerto que, recogidos

en su duelo, permanecían breves instantes frente al féretro y arrojaban en el perfumatorio breves puñados de incienso. Luego comenzó el general desfile frente al ataúd; cada uno de nosotros hizo una salutación y arrojó los granos de olibán sobre las brasas ardientes. . . . y cuando todos desfilaron, el noble daimio quedó solo, solo en su ataúd de virgen madera, rodeado de los fúnebres pajes blancos que instantes después lo llevarían al campo de cremación para ser incinerado. . . .

*
*
*

Hubo un tiempo del remoto y épico pasado en que el viejo *daimio*, el difunto Conde Kuroda, corría sobre los campos de batalla, llevando en su diestra el blanco estandarte del sol naciente y tras de sí el aligero tropel de las Victorias. . . . Entonces tuvo glorias y honores, la fortuna amontonó el oro en sus arcones, tuvo vasallos y dominios, y las hermosuras de negra cabellera y labios dorados caían desfallecientes de amor sobre su armadura negra. . . .

Hoy del viejo daimio triunfante no queda más que un puñado de cenizas, más tenue que el polen de las mañanas primaverales y que como éste volará dispersado un día para nutrir quizá el alma de los lotos ebúrneos y de los crisantemos imperiales. . . .

Tokio, Septiembre 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

